

explosion repentina de esta gran conspiracion. Al ver esos bribones que nos hallamos prevenidos, mirarán de dos veces el declararse. Lo único que te recomiendo es la vuelta lo mas pronto posible.

Peveril pensó que este último encargo no debía despreciarse, y gozoso al verse libre de las chanzonetas de su primo, se dirigió hácia la puerta del castillo con intencion de ir al pueblo, ensillar su caballo en las caballerizas del conde, y partir al momento para el sitio aplazado.

CAPITULO VI.

ACASTO. ¡ Qué! ¿ tal vez no puede hablar?

OSWALDO. « Si para darse á entender

« Con la lengua es menester

« Sonidos articular,

« Es muda; mas si explicar

« Puede el alma un sentimiento

« Con un gesto, un movimiento,

« Con una dulce mirada,

« Su elocuencia es consumada,

« Sus ojos son un portentoso.

Comedia antigua.

Peveril se halló detenido por la mudita criada de la condesa, cuando estaba ya en la meseta de la escalera primera que servia par ir á la entrada difícil y bien defendida del castillo de Holm-Peel. Era una de las muchachas mas cenceñas y pequeñas que podian verse; pero

presentaba una perfeccion rara en todos sus miembros; contribuía para realzar los dones que le diera naturaleza, una túnica de seda verde y de una hechura particular. Su color era un poco mas moreno que lo es por lo comun el de las europeas, y sus largos cabellos sedenos, cuyas trenzas habrian pasado de las rodillas, la indicaban como de una tribu extranjera. Era como una hermosa miniatura y habia una viveza, un fuego y una decision en la fisonomia de Fenella, sobre todo en los ojos, ventajas que tal vez se debian á la imperfeccion de los demas órganos, pues que, no siendo por medio de la vista le era imposible saber lo que pasaba junto á ella.

Esta linda sorda muda tenia ciertas habilidades adquiridas por su aptitud poco ordinaria, y debidas á la compasion que por ella tenia la condesa, vista su desgraciada situacion. Por ejemplo, nadie sabia manejar mejor la aguja, y dibujaba con tanta destreza que, como los antiguos Mejicanos, hacia con prontitud un bosquejo con el lapiz, para expresar mas pronto sus ideas, ya por la misma representacion

de los objetos que trataba de expresar, ya por ciertos signos emblemáticos. Habia hecho progresos, especialmente en la letra floreada y adornada, tan en voga en esta época, que hubiera podida rivalizar con la fama de los señores pendolistas Snow, Shelley y otros maestros en esta clase de escritura, cuyas muestras conservadas en las librerías de los curiosos, mostraban aun en su frontispicio á los artistas risueños, con sus ropages largos y pelucas enormes, para gloria eterna de la caligrafía.

Ademas de estas habilidades, tenia Fenella un ingenio sutil y una inteligencia admirable. Era la favorita declarada de lady Derby y de los dos jóvenes con quienes conversaba con mucha libertad, por medio de un sistema de signos, que, poco á poco establecido entre ellos, bastaba para las urgencias comunes de la conversacion.

Pero, aunque dichosa por el favor é indulgencia de su ama, de quien rara vez se apartaba, no era esta joven de modo alguno la favorita de los demas de la casa. En realidad pa-

recia que su genio, áspero tal vez por el disgusto de su infortunio, no correspondia con las otras calidades que la recomendaban. Tenia unos modales altaneros, aun para con los criados mayores, porque la casa de lady Derby era del mas alto rango y de mejor condicion que las casas de los demas grandes en general. Se quejaban con frecuencia no solo de su exterior reservado y altanero, sino de su genio colérico y vengativo. Es verdad que su inclinacion á una especie de cólera habia sido sostenida y apoyada fuera del caso por los jóvenes y sobre todo por el conde, que algunas veces se divertia en atormentarla, por el gusto de ver los movimientos singulares, y oír los murmullos inarticulados por cuyo medio expresaba su resentimiento. Con respecto á este caballero, no se atrevia mas que á una especie de petulancia y gestos que indicaban la impaciencia que sufría. Pero cuando le daba la rabieta contra gentes de condicion inferior, no pudiendo desahogarse la expresion de su enojo con las palabras, lo hacia de un modo casi espantoso, tan extraordinarios eran el tono y gestos

convulsivos que invocaba en su socorro. Los criados de segunda clase, para con los cuales era ella mas generosa de lo que sus medios le permitian, le daban pruebas de condescendencia y respeto; pero era el resultado del temor mas bien que una aficion verdadera, porque los caprichos de su genio se dejaban ver hasta en sus dádivas, y los que de ellas se aprovechaban mas, parecian dudar de los motivos de su liberalidad.

Todas estas particularidades llegaron á una consecuencia digna del genio supersticioso de los habitantes de la isla de Man. Como eran beatos y ademas creian todas las leyendas de las hadas, tan apreciadas de las tribus celtas, miraban como un hecho incontestable que los tragos acostumbraban robar los niños antes que los bautizaran, para cambiarlos por los de su raza, que carecian de alguno de los órganos propios al género humano. Este era el origen que daban á Fenella; y lo pequeño de su estatura, su color moreno, sus cabellos largos y sedños, la singularidad de sus modales, y los caprichos de su caracter, eran segun ellos, los atributos de la raza

irritable, inconstante y peligrosa de que la suponian descendiente. Parecia que, aun cuando ninguna chanzoneta le incomodaba mas que las de lor Derby, quien por fiesta la llamaba *reina de los duendes*, ó cuando hacia ciertas alusiones á su parentela supuesta de la raza de pigmeos, sin embargo su estudio en llevar siempre un vestido verde, color que se decia ser el favorito de las hadas, tal vez lo hacia para confirmar estas ideas supersticiosas, acaso porque le daban mucha mas autoridad sobre las clases subalternas.

Andaban mil cuentos acerca del trasgo de la condesa, porque asi llamaban por lo comun á Fenella en toda la isla, y los descontentos pertenecientes á la secta mas rigorista, estaban convencidos de que solo una papista, y una muger de malos pensamientos, podia tener á su lado una criatura de origen tan sospechoso. Se suponía que Fenella no era sorda-muda sino para con los habitantes de este mundo, y que se la oyó reir, hablar y cantar como verdadero trasgo con los seres invisibles de su misma raza. Se decia tambien que tenia *doble forma*,

una especie de aparicion semejante á ella, que se acostaba en la antesala de la condesa, en tanto que la verdadera Fenella se ponía á cantar al resplandor de la luna con las sirenas, en las arenas del mar, ó á bailar con las hadas en el valle encantado de Glenmoy, ó en las montañas de Snawfell y de Barool. Los centinelas hubieran jurado en caso necesario, que habian visto á esta muchacha pasar junto á ellos durante la noche, estando ellos de guardia en las murallas, sin poder hablarla ni una palabra, y que estaban como si fueran tan mudos como ella. Los hombres instruidos no prestaban mas atencion á estos cuentos absurdos, que la concedida ordinariamente á las ponderaciones ridiculas de los ignorantes, que tantas veces confunden lo extraordinario con lo sobrenatural.

Tal era la muchacha que tenia en la mano una varita de ébano de hechura antigua, que se hubiera podido tener por varita de virtudes, quien detuvo á Julian en lo alto de la escalera, que bajaba de la roca al patio del castillo. Debiamos haber advertido que Julian se mostraba

muy afable con Fenella, y nunca se tomaba la licencia de chancearse como por su genio festivo lo hacia su amigo, porque miraba con mas indiferencia la situacion y sensibilidad de esta desgraciada; Fenella tambien por su parte, tenia mas condescendencia con Julian que por cualquier otro de la casa, exceptuando siempre á lady Derby.

Parándose ella en esta ocasion en medio de la escalera estrecha, de modo que impedia el paso á Peveril, comenzó á preguntarle por ciertos gestos que trataremos describir. Extendió lo primero la mano reuniendo las miradas expresivas de que se valia, como de una nota de interrogacion. Julian respondió extendiendo el brazo para darle á entender que iba hasta una distancia considerable. Fenella tomó un exterior grave, hizo señal negativa con la cabeza, y le indicó la ventana del cuarto de la condesa, á quien podian ver desde donde ambos estaban. Peveril se sonrió, é hizo una seña con la cabeza para indicarle que no habia ningun peligro en dejar á su ama por tan poco tiempo. La muda tocó entonces una

pluma de águila que tenia en la cabeza, con cuya seña queria significar el conde, y miró á Julian como si le preguntara: ¿va él con vm? Julian hizo seña para expresar que no, sonriéndose, y fatigado de este interrogatorio, hizo un esfuerzo para pasar por un lado. Fenella frunció el entrecejo, dió un golpe en tierra con la punta de su varita de ebano, y dijo que no con la cabeza, como para oponerse á que pasara. Pero viendo que Julian insistia, recurrió de repente á un medio mas suave y mas eficaz para detenerle. Tomó con una mano una falda de su vestido y levantó hácia él la otra como si tratara de suplicarle, al tiempo que todas las facciones de su lindo rostro tomaban la expresion de la súplica mas eficaz, y que el fuego de sus ojos grandes y negros, ordinariamente tan vivos y penetrantes que indicaban un alma demasiado grande para lo pequeño del cuerpo que animaba, parecia por el momento apagado con las gruesas lágrimas que se veian en las pestañas.

Se necesitaba mucho para que Peveril no experimentara algun interés por una pobre

muchacha, cuyos motivos para oponerse á su partida parecian nacidos de su afecto á la condesa, y de los temores que concebía sobre la seguridad de esta señora. Procuró tranquilizarla sonriéndose y haciéndola comprender por todas las señas que pudo imaginar, no habia peligro inminente y que daría pronto la vuelta. Habiendo logrado desprender la falda de su vestido de las manos de Fenella, pasó bruscamente y bajó la escalera con la prontitud posible para evitar verse importunado de nuevo.

Pero la ligereza de la muchacha en nada cedió á la suya. Insistió en detenerle, y lo consiguió, exponiéndose á perder la vida, ó estropearse, impidiéndole otra vez el paso para que no continuara su camino. Antes de llegar al cabo se vió precisada á deslizarse todo á lo largo del pasamano de una batería, donde habia dos obuses, que debían barrer el pasadizo, cuando los enemigos lograsen subir esta altura. Julian á penas tuvo tiempo de estremecerse al verla bajar todo á lo largo de este parapeto, cuando ya la vió revolotear en el aire

como una mariposa en la primavera, puesta ya de pie y á su frente en la plataforma sin haberle sucedido nada. Esforzóse cuanto pudo, con gravedad y por gestos, en darle á conocer lo culpable de su temeridad, pero esta reprehension, aunque al parecer se comprendió bien, fué del todo inutil. Un gesto que hizo de prisa con la mano le dió á entender que ella despreciaba el peligro, y que no le importaba mucho la reprimenda; volvió á comenzar con mayor ahinco, que nunca los gestos expresivos de que se habia servido antes para detenerle en la fortaleza.

Julian estuvo como vacilante al ver su obstinacion. — ¿Es posible, decia él entre sí, que se halle la condesa en peligro y que esta muchacha por su penetracion haya podido descubrir lo que no han percibido las observaciones de los demas?

Hizo señas á la muda pidiéndola su libro de memoria y el lapicero, que por lo comun llevaba ella consigo, y escribió esta pregunta:

— ¿Me detienes de ese modo, porque tu ama está en peligro?

Fenella escribió: — Mi ama está en peligro, pero en su intento de vm. le hay mayor.

— ¿Cómo? ¿Qué es eso? ¿Qué sabes tú de mi intento? exclamó Julian, olvidándose, con la sorpresa, que la persona con quien hablaba no tenía ni oídos para entenderle, ni voz con que responderle. A este tiempo había ella tomado el libro de memoria y diseñó con prontitud y casi de rasgo una escena que puso á Julian ante los ojos.

Enteramente sorprendido vió la roca de Goddard Crovan, monumento notable, cuyo bosquejo había ella trazado con bastante propiedad. Veíanse allí también un hombre y una muger, y aunque los rostros no estaban mas que indicados con algunos golpes del lapiz, creyó ver en ellos la semejanza de Adelaida Bridgenorth y la suya.

Después de haber mirado este bosquejo con la mayor sorpresa, Fenella tomó su libro de memoria, puso el dedo en el diseño, movió

con expresión la cabeza, y frunció el entrecejo al mismo tiempo, en ademán de prohibirle fuese á la cita que acababa de representar. Julian, aunque aturdido, no se hallaba inclinado á someterse á la decisión de la que se metía en aconsejarle. Cualesquiera que fuesen los medios por los que esta muchacha, que casi nunca salía del cuarto de la condesa, había venido á saber un secreto que creía reservado á sí solo, juzgaba por lo mismo mucho mas necesario el avistarse con Adelaida, para saber de ella misma cómo había podido descubrirse este secreto. Había pensado también buscar á Bridgenorth, persuadido de que un hombre tan racional y sosegado, como le había parecido en la última conferencia, luego que se enterase de que la condesa estaba informada de sus intrigas, podría dejarse persuadir, hasta el punto de abandonarlas y ausentarse de la isla, librándole á esta señora de los peligros á que tanto ella como él mismo se veían expuestos. Por medio de este paso, pensaba que si lograba su intento, hacía también un servicio señalado al padre de su Adelaida querida, al

conde, porque saldria del estado de inquietud, y á la condesa, del peligro de presentar otra vez su jurisdiccion feudal en oposicion con la de la corona de Inglaterra; por lo cual se aseguraba tanto á ella como á su familia la pacífica posesion de la isla de Man.

Ocupado el pensamiento de Peveril con este plan de mediacion, resolvió desembarazarse de la oposicion que Fenella insistia en hacer á su partida, pero con menos ceremonia que antes. Levantándola de repente y en brazos, antes que pudiese advertirlo, la hizo dar una media vuelta, la sentó en el escalon mas arriba de donde él estaba, y se bajó corriendo.

Entonces fué cuando la muda se dejó llevar de la violencia de su genio. Batiendo muchas veces las palmas de las manos dió, para expresar su desagrado, un grito tan discordante que mas parecia el de un salvage que de una muger. Peveril, espantado al oír este grito que resonó de roca en roca, no pudo menos de pararse para ver si le habia sucedido algo á Fenella. Vióla de pie echando fuego por los ojos y desfigurada con la rabia. Dió patadas, le ame-

nazó con el puño cerrado, y volviéndole la espalda sin despedirse, subió la escalera escarpada con la ligereza de una cabra que salta sobre una roca, y se paró en la primera meseta para volverse.

Julian se sintió admirado y penetrado de compasion al ver el enojo impotente de una infeliz separada en algun modo del resto del género humano, y que no habia podido recibir en su infancia las instrucciones saludables á que debemos el poder domar nuestras pasiones violentas, antes que hayan podido desenvolverse. Hízola una seña con la mano como para decirle á Dios en tono amistoso, pero ella no correspondió sino amenazándole de nuevo con el puño, y pasando lo demas de la escalera con una ligereza poco menos que sobrenatural, desapareció bien pronto de su vista.

Peveril no meditó mas sobre la conducta de la muda, sino que, dándose prisa hácia las caballerizas, y habiendo tomado su yegüecita, se puso en marcha para el lugar designado con mas velocidad de lo que podria esperarse del animalito que montaba.

—¿Qué causa puede haber producido un cambio tan grande en la conducta de Adelaida con respecto á mi, iba diciendo en su interior, pues que lejos de encargarme la ausencia, como tiene de costumbre, me ha citado de su propia voluntad?

Entregado así á todas las ideas que se presentaban una tras de otra en su imaginacion, tan pronto apretaba con las piernas los flancos de Fairy, tan pronto le daba un golpecito con su varilla en el cuello, algunas veces arreaba hablándola, porque Fairy no necesitaba látigo ni espuela; y recorrió la distancia que separa el castillo de Holm-Peel de la piedra de Goddard-Crovan, en razon de doce millas por hora.

Esta piedra monumental, estaba destinada á conservar la memoria sobre algun hecho importante de algun rey de la isla de Man, olvidado mucho tiempo ha, y situada á un lado de un estrecho valle, ó por mejor decir de un desfiladero, escondido á la vista de todos por los montes elevados que la cercan. Sobre una

de sus cimas se levanta un fragmento informe, gigantesco de rocas, y como suspenso hácia el riachuelo que riega el valle.